

EL URUMEA.

PERIÓDICO NO POLÍTICO.

Se publica los Martes, Jueves y Domingos.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

San Sebastian, Administración, Redacción
é Imprenta Calle de Oquendo núm. 4.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

En San Sebastian por 3 meses	3 pesetas.	6 meses	5 pesetas.	Un año	10 pesetas.
Fuera de San Sebastian id.	3, 50	6 id.	6 id.	id.	11 id.
Fuera de la Península id.	4	6 id.	8 id.	14. id.	15 id.

ANUNCIOS.—La línea 0, 10 de peseta á los suscriptores, 0, 20 á los que no lo sean.

COMUNICADOS.—La línea 0, 35 de peseta.

SALVAMENTOS MARITIMOS.

Los repetidos y terribles naufragios que en estos últimos tiempos se han sucedido en la costa Cantábrica, al aumentar en centenares de víctimas el ya largo catálogo de esos oseuros héroes que, en su incesante lucha por la existencia, pelean uno y otro día sin descanso con todos los elementos, tan dispuestos siempre á desencadenarse contra su misera existencia en este golfo, han despertado los impulsos humanitarios de la España entera, ante los gritos de dolor y las lágrimas sin cuento que en fecha aun muy reciente han ocasionado; y han originado á la vez que un profundo sentimiento de compasión, un sentimiento mas reflexivo, y un noble impulso de prevenir y evitar en lo posible para lo sucesivo tan horribles catástrofes.

Esta idea ha cruzado por todas partes, con la rapidez del sentimiento herido, y son múltiples los medios propuestos para la consecución de tan noble fin, tanto por el Estado, como por diversas corporaciones y particulares.

Pero, á la par que se van borrando de la frágil memoria las tristes huellas producidas por la siniestra catástrofe del 20 de Abril de 1878, fecha nefasta en los anales de los pueblos del Cantábrico, aquel generoso sentimiento va perdiendo una gran parte de su fuerza, y el tiempo pasa sin que las ideas propuestas alcancen cuerpo y realidad, y si se que veamos al fin nada práctico para aminorar y sobre todo para prevenir - ya que no sea posible por completo anular tan horribles dramas, tan sangrientas hecatombes.

Por eso, no hemos podido menos de acoger con verdadera simpatía, y con

el aplauso que se merece, la generosa iniciativa adoptada en cuestión tan vital, en el Ateneo de esta Ciudad, por el socio D. Antonio Gorostidi, inteligente piloto e ilustrado profesor hoy de la Escuela de Comercio y Náutica de San Sebastian,

El Señor Gorostidi, persona competentísima en estas materias, ofreció á la consideración de los miembros de la citada corporación científica y literaria, en su sesión ordinaria de 21 de Abril, el fruto de sus estudios y de sus observaciones, en una amena e interesantísima conferencia, que tanto por su erudición, como por su carácter esencialmente práctico, y su buen decir mereció el justo aplauso de todos los concurrentes.

El Sr. Gorostidi, con una claridad y un método verdaderamente enviables, se ocupó de la importancia de los salvamentos marítimos, haciendo una

rápida historia de los diversos medios que á la inteligencia humana habían sugerido, especialmente desde principios de este siglo, los repetidos y sangrientos dramas ocurridos en el mar; expuso el desarrollo que habían alcanzado en diversos pueblos de Europa, y sobre todo en Inglaterra y Francia, las múltiples sociedades creadas, ya por la iniciativa individual, ya por los centros oficiales, para subvenir á esta verdadera necesidad; indicó los rápidos progresos efectuados en esta materia en los últimos años, dando á conocer sucintamente diversos aparatos de salvamento, presentados en la última Exposición universal de París, y otros adoptados ya anteriormente en muchos pueblos del continente; y después de presentar á la vista del numeroso público que le escuchaban aterradores datos sobre el número de los naufragios ocurridos, ya en alta mar, ya en las costas de Eu-

—10—

no nos volveremos á ver.

— Pluguiera al cielo que su señora madre no hubiera estado nunca enferma. Yo no le hubiera conocido á Vd. y hoy no sería tan desgraciado.

— ¿No le satisface á Vd. el que le haya dado una cita?, me dijo.

— Mucho me satisfacía antes de haber acudido á ella pero ahora me horroriza, puesto que me quita Ud. hasta la más leve esperanza,

— De modo que vd. exige de mí que no ame en toda mi vida más que su recuerdo?

No supe qué contestar. Era, en efecto, mucha exigencia la mía.

— El hombre no es exigente nunca, dijo Perico.

— Es que yo la pedia...

— Uno de los derechos del hombre es el de pedir. Es un derecho individual quizás tan sagrado como el de no dar. Ya lo sabes. Prosigue, dijo el de la ronquera.

— ¿Vd. no saldrá nunca de este pueblo? me preguntó Matilde.

— No he pensado nunca en abandonarlo, la contesté.

— Si fuera Vd. á Madrid...

Y como si este propósito encerrara alguna idea, displicata y extravagante, soltó una burlona carcajada.

Me sentí humillado. Comprendí que mi facha un sí es no es á la antigua, y mis rústicos modales, eran la causa de aquella hilaridad.

— ¿Y por qué no habla de ir yo á Madrid?, la dije sin disimular mi enojo. — ¡Cree vd. que soy uno de tantos inocentes, que se figuran que en Madrid todo es grande; que es mansión únicamente de hombres de génio y de mérito; que es el centro de la opulencia y de la felicidad; sin que se mezclen para nada la miseria, el atraso, la ignorancia, la rueda...

— Bah, bah; no piense Vd. en quimeras, — me dijo Matilde, herida sin duda en su amor propio de madrileña.

— Mire Vd. Matilde; si me diera Vd. alguna esperanza, hasta sería capaz de separarme de mi familia, y de

—11—

marcharme á Madrid.

— Adrian, escúcheme Vd. — me dijo, dando á su semblante una expresión de profunda gravedad y á su voz un acento doctoral. No sea vd. loco ni temerario. Conténtese Vd. con vivir aquí tranquilo y feliz, lejos de la inquieta batahola de la corte. La familia de vd., con cuya amistad nos honramos, es la más noble y principal del pueblo, y vd., hablando con justicia, uno de los muchachos más finos y presentables; mientras que en Madrid. . . Madrid es una torre de Babel, Adrian, una verdadera torre loja, aquello no se ha hecho para todo el mundo.

Sentí que se me agolpaba la sangre á la cabeza. Las últimas palabras de Matilde sublevaron mi amor propio.

Matilde no se atrevía á mirarme, porque comprendía que me había ofendido.

De improviso, un atrevido pensamiento surgió en mi aclarado cerebro. . .

— Atención, señores, llegó el momento supremo gritó Perico Velez Adrian, pongo á tu disposición un centenar de puntos suspensivos. Continúa.

— Matilde, la dije (repuso Adrian) He leído un preciosísimo libro que se titula Las Escenas Matritenses, y en una de cuyas páginas hay un grabado que representa la Iglesia de San Luis. . .

— ¡Ahora salimos con dibujos! exclamó el de la ronquera.

— ¡Y con santos!, agregó tristemente Varillas.

— ¡Grabaditos! dijo no se quién.

Mucho disgustó al auditorio lo del grabado; pero esperando algo mejor en breve consentimos que Adrian prosiguiera su relato.

Nuestro amigo siguió, pues, hablando.

— El año pasado, ingrata Matilde, me dijo Vd. que acostumbraba á ir á esa Iglesia á misa de una, y yo, pobre e ingenuo de mí, en todo el invierno, y todos los domingos y fiestas, cogía el libro, y con la vista fija en la lámina me hacía la ilusión de que yo también me hallaba en Madrid, y en la calle de la Montera, y que la veía entrar en el templo; ¡de tal manera se había gra-